

—Hablaré con Juan, y luego iré á verte.
Tengo apuntada tu dirección.

—¡Adiós, señor...—dijo Margarita.

—¡Adiós!

—¡El os acompañe, hijas mías!



LXXIII

Juan no volvió á acordarse de la carta que tenía en el bolsillo. Al regresar del paseo, metióse en "El Cometa de Plata—una de las cantinas próximas al Hotel—y se bebió dos vasos de ajeno. Comió precipitadamente, mas no sin buen apetito, y después de apurar á tragos gruesos unos cuantos sorbos de café, pidió un abrigo ligero, y salió en busca de Conchita Mijares, á quien debía encontrar con algunas amigas en el Jardín de la Plaza, donde suelen congregarse, en las noches calurosas, las pollas más bonitas de Pluviosilla. De allí, después de dar unas vueltas, no bien sonara el toque de queda, se irían á la casa de Arturo Sánchez, quien, muy modestamente, y pi-

diendo á Juan mil perdones, había invitado para pasar la velada y tomar una taci- ta de té.

En Pluviosilla, durante el invierno, á días espléndidos y lípidos, suceden otros de lluvia y chipichipi. A los esplendores de aquella tarde incomparable, á las maravillas de aquel crepúsculo de oro y de púrpura, á la diafanidad de aquel cielo, y á los prestigios de aquel orto lunar, siguióse, como Concha se lo estuvo temiendo, una noche húmeda y fría. Cuando Juan salió de la cantina, todavía estaba despejado el firmamento... Unas cuantos nubes solamente flotaban présagas de norte, allá sobre las cimas de los montes orientales, y la luna, triunfante, radiosa é inmensa, roja aún, ascendía en una gloria de vapores leves que iban agrupándose allá y más allá, en los picachos y en las cumbres, como la plumazón de un cisne recogida por manos invisibles. Densa nube negra subía presurosa de los valles de Mata-Espesa y de Villaverde. De pronto sopló vientecillo desapacible y húmedo, y el norte se apresuró á entenebrececer los horizontes, y á tender en la bóveda cerúlea sus luengos inconmensurables capuces. El río, tan ruidoso y gárrulo en las noches anteriores, callaba lánguido y aterido; la niebla invadía las calles, y lluvia finísima empapaba el suelo. Los focos eléctricos parecían velados en crespones.

y la esfera iluminada del reloj de la Plaza se iba extinguiendo entre la bruma.

Sintió Juan ante aquel espectáculo la más honda tristeza; la tristeza desoladora de una ciudad chica, de mal piso, fangosa, sin carruajes, sin casinos, sin teatros... Levantóse el cuello del abrigo, buscó los guantes, y, calzándose los, echó á andar, procurando seguir por el lado más defendido contra el viento.

—¿A dónde iría? ¿Al Jardín? ¿Le aguardarían allí sus amiguitas?

—¡Iré allá!—pensó.

A pocos pasos se encontró con Arturo.

—En busca de usted iba yo...—díjole cortesmente el covachuelista.—Las señoritas nos esperan en casa!

Y siguieron por una de las calles laterales, cuyas malas aceras y cuyo piso quebrado eran insufribles para quien como Juanito, estaba habituado á ir y venir en carruaje, ó á subir y bajar por las cómodas avenidas de la deslumbrante Lutecia, la Universidad de los Siete Pecados Capitales, como dijo alguno muy conocedor de la materia, hasta perderse por las calles del norte de la ciudad, y pronto estuvieron en la casa de Arturo.

Allí estaba toda la compañía, toda, sin que faltaran las partes de por medio. Se charló, se bailó; declamaron versos Conchita y Arturo, y éstos, con un sobrino de don Juan Jurado, recitaron la escena má-

hermosa de "El Drama Nuevo," la escena de Shakespeare con Alicia y Edmundo.

Sirvieron el té. Las hermanas de Arturo hicieron los honores, y luego, al son de una música traída de una calleja inmediata, á falta de la del Maestro Olesa, siguieron bailando hasta las dos de la mañana.

Concha bailó con Juan casi todas las piezas, mereciendo las censuras de todos los presentes, porque al ir y venir por la sala, ó de palique en un ángulo de ésta, la pareja no hizo más que charlar en francés, lengua que no entendía ningún otro de los presentes.

¿De qué hablaban con tanto interés y con tal entusiasmo, que la monologuista se decidió á hablar su pésimo francés? ¡Ah, picaruelo Amor, qué pronto te descubrieron aquellas chichuelas!

Ello es que, cuando á las dos de la mañana, Arturo y Juan, con Paquita y las Sánchez, fueron á dejar á Concha, ésta dió una cita al enamorado doncel. Juan ofreció que acudiría puntualmente á la hora señalada.

Despidiéronse allí, después que Juan invitó al poetilla para que almorzara con él al siguiente día.

Al entrar en el Hotel, un criado entregó al mancebo un mensaje telegráfico y una carta que desde media tarde habían

llevado para él. La carta era de Elena. El mensaje era de don Juan, quien le decía:

"Sal mañana para Veracruz, á fin de embarcarte al día siguiente. En París te encontrarás cartas mías é instrucciones claras y precisas.—Avisa de tu partida, escríbenos de esa ciudad, y recibe saludos de todos."





LXXIV

Así hablaba la ceguezuela:

“Esto es inexplicable. Te escribo y no me contestas, y he tenido que valerme de unas personas amigas, para que esta otra carta llegara á tus manos. No puedo explicarme tu conducta. ¡Por Dios que vuelvas, siquiera por un día, antes de partir para Europa! ¡Por Dios que regreses pronto! No sé qué cosa podré decirte que á tí no se te haya ocurrido. Juan, Juan de mi vida, ten compasión de esta pobre mujer!”

Al llegar al término de este párrafo, se acordó el mancebo de que tenía en el bolsillo otra carta, la cual debía ser de Elena. Buscóla aquí y allá, hasta que al fin dió con ella. El criado, al limpiar la ropa, la había encontrado y la había puesto en la papelera.

Tomó la cartita, abrióla nerviosamente y retirándola por breves instantes, dijo para sí: "¿Quién la escribiría? Esta letra no es de Elena... Es letra de mujer, y de mujer poco práctica en escribir... ¿Quién se habrá enterado de esto?"

Y siguió leyendo...

En el rostro de Juan se iba manifestando la impresión que aquella carta le causaba... Primeramente, algo así como una ofensa que le irritaba por inoportuna y tiránica, provocadora de soberbio desdén; después cierto remordimiento doloroso, muy doloroso, conmovió aquel corazón mal educado, peor dirigido, ajeno á nobles sentimientos, menospreciador de todo aquello que no fuese la satisfacción de un capricho, el cobarde halago de una miserable vanidad. Juan no tenía idea del deber; no acertaba á condolerse del dolor y de la desgracia de otros, y rebelde al menor pesar, irritado contra la menor dolencia, sabía buscar en la morfina, en el éter, en el cloroformo ó en el alcohol, alivio para una enfermedad, consueño para cualesquiera penas por insignificantes que fuesen, y olvido para un desengaño. ¿Desengaños? ¡Cuán pocos, y eso en los primeros años juveniles, en el Colegio durante los cuatro años que pasó en Suiza!... Quiso noblemente á un compañero, á un colombiano, dulce y sincero al parecer. El muchacho se portó mal. Al cari-

ño de Juan correspondió el mejor día con una vileza, que hirió al mozo en lo más vivo, y le decidió á cerrar su corazón á todo afecto y á todo sentimiento generoso. ¿Para qué? ¡Si él no necesitaba de nadie, sí, de nadie, porque era rico!... ¡Tenía su padre tanto dinero! Desde entonces se buscó amigos en el grupo de los más listos, entre aquellos que más se le parecían. Los mimos de la familia, la mocedad parisiense, y la vida frívola y ostentosa completaron la obra, y lo poco bueno que en aquel corazón pudo sembrar el buen abate Boncheur, aquel anciano tan cariñoso, tan discreto y tan sabio, desapareció en el período crítico de los veinte años, arrancado de cuajo por el vientecillo pestilente de los bulevares de París, y por los huracanes mansos de Monte Carlo.

Sin embargo, algo quedaba de bueno en aquella alma "siempre deslumbrada por relámpagos de sombra," porque Juan, al llegar á cierto párrafo de la carta de su prima, sintió que algo muy penoso y triste subía dificultosamente hacia sus ojos. Sintióse condolido, y por su mente desfilaron en rápida hilera, como una bandada de palomas heridas, muchas infelices mujeres... Quedóse inmóvil ante aquella visión importuna; quedóse con las dos cartas en la mano, afligido, trémulo, casi angustiado...

Una lágrima asomó en sus ojos, abrasadora y fresca al par... Un noble sentimiento conmovió aquel corazón duro... Una idea generosa aleteó en aquel cerebro vacío de altos pensamientos, y una oleada de plácida alegría le bañó benéfica, y le hizo sentir la delicia del deber cumplido, la regocijada serenidad de la conciencia satisfecha, el aroma místico y celeste del arrepentimiento y del bien.

Volvió á leer las cartas; leyólas atento, y reflexionó; y luego se levantó y se puso á escribir una larguísima. Al revisarla no le pareció buena, la hizo menudos pedazos, y escribió otra que corrió la misma suerte... De codos en el pupitre, ante el papel blasonado, con la cabeza entre las manos, resolvióse, después de algunos minutos de meditación, á hablar poco, y á decir mucho:

Así escribió.

“Mi querida prima:

“Yo volveré prontamente, y tú te verás satisfecha en tus deseos. Ten confianza en mí. Yo arreglaré á París el asunto de mi padre, y volveré hacia tí á corazón ligero. Yo tengo una pena secreta. Espera. Te anunciaré de mi regreso y arribo.

“Todo de tí.

“JUAN.

“Pluviosilla, 25 de febrero de 1895.”

Dobló la carta, metiéndola en un sobre, puso el sobrescrito, según le indicaba Elena en sus dos cartas, y la colocó en el sitio donde el criado debía recogerla para llevarla al correo.

—¿Quién será esta Filomena?—dijose al asentar sobre la carta una hoja de papel para fijar el timbre.

Y procedió á la “toilette” nocturna, llena el alma de nobles anhelos y palpitándole el corazón de sentimientos cariñosos y compasivos.

Al meterse en la cama se acordó de que hacia muchos años que no oraba ni al acostarse ni al levantarse, y pasó ante su visita de la noble figura del abate Bonheur. Volvían de una excursión botánica. El excelente maestro á quien ni las ciencias naturales, ni la Filosofía, ni la Filología, habían conseguido apartar de las cosas de tejas arriba, venía cerca de él. ¡Qué dulce su cariñosa voz! ¡Qué afecto! ¡Qué santos consejos! “No olvides—le repetía, agitando en la mano femenil, pálida, exangüe, aristocrática y distinguida, un ramo de helechos,—que en nuestra propia conciencia llevamos un acusador, un reo y un juez!”

Juan quiso rezar, pero no pudo hacerlo... Tenía en sus labios la dulce oración enseñada por los labios maternos, pero le faltaron fuerzas para unir á las palabras una fervida efusión cordial. Le acometió invencible pereza.

De un soplo apagó la bujía, y se revolvió friolento entre las ropas húmedas, pensando:

—Habrà que recomendar al "garzón" que eche esa carta en el correo... A las diez: pedir un tren especial; à las once ver à Conchita... Seria imposible partir en la tarde. Sí; un tren especial!

Sonó solemne y majestuosa la campana parroquial...

—¿Toque de fuego?—pensó el mozo—; Ah! Es el alba... el día que viene... el sol... luz... alegría...

Y se envolvió en las ropas, y se durmió, arrullado por el ruido del cercano río.



LXXV

A las ocho de la mañana se fué Juan à una casa de baños no distante del Hotel. El norte había huído, y un sol magnífico, anunciador de la próxima primavera, derramaba en la soberbia y rica vega del Albano su incomparable luz. Los campos húmedos esplendían con sus mil tonos diversos, y las nubes que durante la noche velaron el cielo huían hacia los montes de Ocaso, rasgando sus caudas vaporosas en los picos de la cordillera. En torno del Pico parecían enroscarse, ciñéndole un turbante de blondas. Detúvose Juan un momento ante la balastrada del puente, y se puso à contemplar la ribera donde bananeros sonantes y saúces melancólicos se mecían al soplo del vientecillo matinal. El río medio enturbiado corría murmurante.

La triste mirada del mancebo seguía distraída el movimiento de las copas y el ondular de las hojas flabeliformes. Hacía memoria de su llegada á Pluviosilla diez meses antes; de la impresión que su prima le había causado, impresión penosa al principio, al considerar la desdicha de la ciega; grata después, cuando pudo estimar la hermosura de ésta, y cuando llegó á estimar el ingenio vivo de la joven y su esquisita delicadeza para interpretar en el piano á Chopin y Mendelssohn, y particularmente para tocar apasionadamente, con gracia y expresión singulares, las danzas de Cuba y los danzones veracruzanos. Al pensar en Elena se la imaginaba llorosa, triste, abatida y acongojada. ¡Pobre muchacha! ¡Era tan infeliz! Entonces pensó en que no había dicho al criado que llevara la carta al Correo. —“¡Esta tarde! —dijose— ¡Tiempo hay de sobra!” y se fué poco á poco á la casa de baños. Pronto regresó, y mientras le servían el desayuno puso cuatro letras al Superintendente del Ferrocarril Mexicano, para pedirle un tren especial. Concluído el desayuno ordenó al criado que arreglara el equipaje, que llevara la carta al Correo, y que pidiera la cuenta del Hotel; se mudó vestido, se acicaló y fué en busca de Conchita Mijares. Debía encontrarla en la Saucedá. Allí estaría con alguna de ellas, con Paquita, ó con otra amiga más íntima.

El paseo estaba desierto. Juan consultó el reloj y un tanto impaciente, echóse á vagar por las calles del centro, á la sombra de los ocotes y los abetos.

Los buenos propósitos que horas antes parecían señoreados de aquel espíritu, débil para todo lo serio y todo lo bueno, flaqueaban en él, y los esplendores de París, los placeres de la cosmopolita capital francesa, tentadores más que nunca al compararlos el mancebo con el silencio y el aburrimiento de la fértil Pluviosilla, le alejaban á cada instante de lo que él, sonriendo, llamaba su vuelta al buen camino. Mas á poco cierto misterioso sentimiento (desconocido para Juan hasta el instante aquél) le hizo volver, no sin energía, á sus propósitos de la madrugada. ¿Qué sentimiento era ese? Tardó el mancebo en darse cuenta de él. Nunca se le había imaginado así. Un sentimiento satisfactorio, que más lo sería si hubiera llegado por otros caminos: el sentimiento de la paternidad, sentimiento naciente, muy leve, acaso vago, de suaves lineamientos. Y con él cierto noble orgullo de virilidad; orgullo másculo, que se complacía de su existencia, y parecía ir en aumento, duplicando su energía, para fijarse robusto, poderoso, firmísimo en un niño delicado, risueño, gracioso, de hovosas mejillas, de rostro como de rosas y de alabastro, con grandes ojos negros, en los cuales centelleaba doble luz; un niño

en quien todos descubrian rasgos de la fisonomía paternal, en unión encantadora con la belleza materna; porque Elena era muy hermosa, hermosísima!..... Pero ¡ay! en aquel momento, como una racha de viento que apaga al paso una hoguera incipiente, mil pensamientos inesperados le acometieron irresistibles.... El sacrificio de una libertad que nunca tuviera freno.... la vida en Europa con tantos y tantos amigos... la juventud prematuramente sacrificada en un hogar entristecido, si, anegado en tristeza, porque no podría haber alegría ni recepciones, ni fiestas en el hogar de un hombre cuya esposa fuera ciega. Hermosa, sin duda, pero ciega y sin fortuna.... ¿Podía Elena ser en su casa lo que él había deseado siempre, cuando pensara en casarse, esto es, una mujer "comme il faut," brillante, sugestiva, reina de sus salones, en torno de la cual se congregaran ó pudieran congregarse caballeros distinguidísimos, políticos, diplomáticos, banqueros, literatos, artistas?... ¿Una ciega? ¡Imposible!

—¡Eh!—exclamó acallando la voz que interiormente iba á defender á Elena.—¡Eh! ¡No preocuparse! ¡A París! ¡Tiempo había para decidirse y resolver la dificultad! En último caso.... el arreglo será fácil....

Y delante de Juan una mano invisible le mostró una cartera repleta de billetes de banco.

—¡Ea!—repitióse impaciente, consultando por segunda vez el reloj.—¿Cuánto tarda esa chica?

Iba á regresarse, cuando la descubrió en el extremo de la calle.

—¡Héla allí!

Adelantóse al encuentro de Conchita, la cual venía sola y avanzaba ligera y alegre como un pájaro.

Pasaron largo rato en la calle de abetos. Juan se gozaba en la ligereza de la joven, la cual, viva y decidora, para todo dicho galante tenía oportuna respuesta; para cada frase amorosa una contestación afable aunque oliente á comedia; y en cada situación apasionada un sonrojo que pasaba por aquella caruchita risueña, simpática, y expresiva, con la roja coloración de un sol que se va y se pierde entre cúmulos de fuego.

—¿A París?—dijo repentinamente la muchacha, después de un largo rato de silencio, durante el cual recorrieron por décima vez la calle sombría.

—Sí.... ¡á París!....—respondióle su compañero en tono dulcemente sugestivo.

Conchita se detuvo, fijó la mirada en el suelo, y, al parecer distraída, pero en realidad hondamente preocupada, principió á apartar con la punta de la sombrilla los despojos crinados de los ocotes.

—Sí, á París!—repitió Juan.

—¿Y después?—preguntó la joven.

—A Italia.

—¿Y después?—volvió á preguntar Conchita.

—Regresaremos á París....

Entonces el mancebo trazó á grandes rasgos, con palabra viva, ardiente, rápida, insinuante, tentadora, mareante, embriagadora como veneno somnífero, el deslumbrante cuadro de la vida de París, de los encantos de una sociedad culta y elegante, dueña de mil bellezas y de mil diversas elegancias.... La navegación feliz.... las noches á bordo, sobre cubierta, bajo el constelado cielo de los trópicos.... como dos recién casados que hacen viaje de novios, envidiados de todos aquellos que los ven... Después... Europa.... El vértigo de los bulevares... fiestas, espectáculos.... Los domingos en el campo, á las orillas del Sena.... las barcas, el almuerzo bajo las parras, el vino de Champagne, centellante en las copas, el regreso al fin del día, en el tren repleto de burgueses que vuelven ahitos y regociados.... Lujo... elegancia, trajes suntuosos... la existencia cosmopolita de la ciudad suprema.... el Arte... la Gran Opera... el Teatro Francés... los grandes artistas... los dramáticos célebres.... la cena íntima en el restaurant de moda.... ; los hermosos días!....

Todo esto, dicho hábilmente, aunque

con mil y mil giros y frases francesas... desplegando ante la chica un programa tentador de satánica urdimbre, que exponía ante Conchita magias y prestigios, siempre por ella presentidos, y millones de veces precisados por libros de viajes y novelas francesas....

Vacilaba la joven. Tenía miedo; pero no se daba cuenta de que estaba al borde de un abismo. Repentinamente la razón, en un relámpago, la hizo ver claro.

—Y....—dijo, no atreviéndose á expresar su pensamiento.

Juan la interrogó con un gesto. Concha no respondió, y pensativa se ocupó en plegar su sombrilla.

—¿Y qué?

—Y...¿el mundo?... ¿la sociedad?... ¿mi familia?... ¿los padres de usted?

—¿De quién?—replicó Juan sonriendo.

Concha le miró sin comprender lo que le decía su amante.

—Dices....—contestóle Juan dulcemente—dices... los "padres de usted."

—¡Ah!—exclamó Conchita riendo graciosamente, aunque cejjunta y cabizbaja—¡Ah!—repitió—¡Tus padres!—y agregó: —¡La falta de costumbre...!

—Respóndeme; que no hay tiempo que perder.... He perdido un tren para las siete de la noche.... ; Respóndeme!

—¿Y después?—tornó á preguntar la joven.

—Después... ¡Los padres... todo lo perdonan!... y... llevarás mi nombre... Sólo de esta manera podremos vencer las ideas de mi familia. ¡Es tan rara! ¡tan caprichosa!... Para ella no hay más que el dinero.... Y yo te quiero porque..... ¡precisamente porque no eres rica! Respóndeme... No hay tiempo que perder...

Vaciló un momento Conchita, o, mejor dicho, detuvo su respuesta, buscando en el fondo de su alma la audacia femenil que, una vez lanzada, es irreparable é irresistible. Por fin dijo con voz reconcentrada y resuelta:

—Si.

—¡Gracias!—murmuró Juan, y poniendo una mano sobre el hombro de la joven, y alargándole la mano, estrechó ardentemente la diestra de Conchita.

Luego le dió el brazo, y hablando en voz baja, llegaron á la puerta principal de la Saucedá.

Algunas personas conocidas entraban á la sazón en el paseo. Saludaron cortemente. Juan unió su saludo al de la monologuista, la cual contestó sonrojada.

—Bien—dijo Juan—¡á las siete!.... No digas que hoy debo partir... ¡No faltes!....

—¡Adiós!

—¡Adiós!

La joven siguió calle abajo, mientras Juan tomó hacia la derecha, camino del Hotel.



LXXVI

Arturito Sánchez acudió con puntualidad británica á la cita de su aristocrático y elegante compañero.

Se almorzó ricamente, y, á la usanza rusa, (según dijo el refinado lagartijo) se bebió en toda la comida vino de champagne.

Trataron los mancebos de mil cosas diversas, y, á la mitad del segundo servicio, el escribientillo-poeta, que no estaba satisfecho de los pocos medros que lograba en Pluviosilla, aprovechó la ocasión para conquistarse la protección de nuestro caballere. Timido al principio, franco después, y siempre discreto, porque el cantor ebene en tales cosas no era rana, pidióle cohorte y favor para encontrar en Méji-

co un buen empleo: un empleo lucrativo.
—¡Aquí se muere uno de fastidio!...
¡Aquí, mi excelente y fino amigo, no hay porvenir!... Aquí se atrasa uno, se empolva... mejor dicho, no se adelanta, no puede uno adelantar ni prosperar... ¿Sueldos? ¿Una bicoca! ¡Y démonos por felices con no perecer de inanición!... ¿Progreso intelectual? ¡Ninguno! Pluviosilla va en depresión...

Díganlo si no los periódicos... "¡El Contemporizador!" ¡Escrito por cretinos! "¿El siglo de León XIII? ¡Escrito por fanáticos y santurrones! Jurado que tiene talento y relevantes aptitudes periodísticas no logra jamás que vivan sus papeles... ¿Cultura literaria? ¡Pedir peras al olmo! ¡Es imposible seguir viviendo aquí!... Y óigame usted, mi buen amigo: (aunque parezca inmodestia mía...) me siento con alientos, con brío; mi pluma es vigorosa... tengo fe en el porvenir!... Lo que me hace falta es vivir en un centro literario... ¡En lo que se llama un centro literario! ¡Si yo me viese allá; allá, en Méjico, en esa ruidosa ciudad que no conozco, y que yo me imagino soberbia, deslumbrante, foco de ciencia, de cultura, emporio de artes, así como Madrid, como Viena, como París!...

Juan refrenó una sonrisa. Arturo prosiguió:

—Allá, en ese Méjico, al lado, ó cerca

de tantos periodistas, de tantos oradores, de tantos poetas, de tantos artistas, de tantos reyes del verbo humano, del verbo humano que irradia como el sol...! Si yo me viese allí al lado de todos esos hombres á quienes admiro y venero... mi suerte... sería otra!

Esto decia el escribientillo, acariciando con el índice y el medio el pie de su copa, complaciéndose en la limpidez del vino, y gozándose en seguir con una sontisa y con ojos atentos las burbujillas que sabían del fondo.

—Usted tiene mucho talento...—se dejó decir Juan.—Tiene usted "esprit."

Arturo, alentado, siguió diciendo:

—Usted está... ¡vamos! usted está en condiciones de hacerme bien, sirviéndome de valedor... (Emito esta palabra en su buen sentido...) Usted en la posición brillante con que la fortuna caprichosa le ha favorecido, con sus buenas y altas relaciones, puede valerme.

—¡Con gusto!—contestóle Juan con suma bondad, riendo internamente, al ver cómo su interlocutor pretendía cortar los espárragos en trocitos.—A mi regreso de Europa, que será próximo, vendré á Pluviosilla... Entonces me llevaré á usted á Méjico, y entonces, ¡ya veremos! En casa, en las oficinas públicas, no faltará... algo! Será usted presentado á mis amigos, y quedará usted satisfecho de mí.

—¡Salud!—dijo entre dientes Arturo, alzando su copa.

—¡Santé!—murmuró Juan, levantando la suya, y ahogó otra sonrisa, al ver el destrozo que de la elegante verdura hiciera su parlero comensal.

A la hora de los postres hablóse de viajes. Juan contaba las maravillas de París, ponderaba su belleza; charlóse de su intelectualidad, de sus placeres, y... terminó la comida.

Arturo se despidió para ir á su oficina.

—¿Cuándo nos veremos?—preguntó al salir.

—Mañana...—contestóle Juan.—Estoy invitado á comer en la Fábrica del Albano. El administrador es amigo de mi padre...

—¿A qué hora saldrá usted para allá?

—Pienso irme á las cinco....

—Entonces... no podré verle hasta mañana...

—Mañana,—murmuró Juan, impaciente y deseoso de que Arturo se fuera.

No bien se fué el mancebo, Juan llamó al "gárgon" y díjole en francés:

—¿Están listos los equipajes?

—¡Listos!—respondió el criado.



LXXVII

Obscura la noche; el patio de la entrada semialumbrado por un foco puesto en el extremo de un mástil; la estación desierta; el andén tenebroso; luz insuficiente en la oficina del jefe, donde apenas era visible la mesa de despacho esclarecida por una lámpara de petróleo; en los asientos del corredor de espera un mozo de cordel fastidiado y soñoliento; frente al restaurant silencioso, un velador que iba y venía meciedo su linterna, la cual asomaba entre las puntas de un zarape rojo; el tren listo: un vagón con dormitorio; y un carro de equipajes. La doble locomotora, próxima al carro y separada un tanto de éste, resoplaba de tiempo en tiempo, inte-